



AKAITZ

(Fot. y texto de «Pakol»)

AKAITZ

Arantzazu... Sublime obertura de esa embriagadora rapsodia del paisaje vasco que nos ofrecen las montañas de Aloña, Aitzgorri y Elguea, todas con abundancia de encanto, donde las suaves colinas son sucedidas por ásperos riscos, los precipicios rayan con amplias praderas, el frescor de sus cerrados boscajes termina en la roca desnuda que se caldea al sol, y donde a nuestros oídos llegan confundidos el desapacible graznido del buitre y el enternecedor balido de la oveja.

Según ascendemos por el camino de Duru, Goiko-venta arriba, vemos empequeñecer el espinoso campanario de la célebre basilica a la que nuestra generación ha visto mudarse de ropaje arquitectural.

Igualmente se van encogiendo los peñones de Gazteluaitz, Bildotza y Aitzabal, en tanto que, al elevarse el plano de nuestra visión, se agigantan las redondeadas cimas de Urkilla y Artia a cuyos pies se espaldonan aquellos ciclopes que vigilan Arantzazu.

Llegados a las primeras «bordas» de Duru, nos asomamos a la montaña de Aloña. En el umbral, abierto entre dos elevaciones rocosas, manchas circulares que ennegrecen la tierra y todavía con hálito carbonil, señalan el emplazamiento de consumados «txondorras».

Poco más adelante, la cercada verde pradera, rodeada de pequeños arbolados en los que «txabolas» pastoriles juegan al escondite.

Tras este primer término fotográfico y ante nosotros, el esbelto Akaitz, el pico más elevado de Aloña.

Alcanzar la cúspide de Akaitz no exige más esfuerzo que el salvar su algo escabrosa ladera, salpicada --si es época-- de infinidad de puntitos rojos de la fresa silvestre.

A su izquierda y en la cabecera de la hondonada que sirve de cuna a un perenne manantial, el collado de Aitzarrate, separándolo de la también caliza cota de Botreatz o Ezurzulo, la que después de un breve avance en cresta se convertirá en blanda loma al llegar a la cruz de Gorgomendi.

A la derecha de Duru quedarán el plácido vallecito de Maya y la cima de Arri-urdin alargando la mano a Artzamburu, primer eslabón de la cadena de Aitzgorri.

Por el lado norte --oculto a nuestra cámara-- y sobre el grandioso y bello valle de Oñate, caen casi en vertical las laderas de Aloña, atravesadas por cornisas que hacen imaginar gigantesco escaños donde se sentarían los «gentiles» que guardarían el tesoro de Arantzazu.